

**Intervención de: Dña. Ana Corripio Alonso de Barceló**

La historia de la humanidad es la historia de las migraciones. La de pueblos que caminaron durante milenios de un lado a otro, en un movimiento perpetuo de individuos, familias, tribus y naciones, que no veían otras fronteras entre un lugar y otro que no fueran las que naturalmente separaban a los pueblos –como ríos, montañas, mares-, y que entendían la vida en función de cumplir la primera necesidad que tiene todo ser humano, que es la de sobrevivir y buscar un mejor futuro para su familia y para sí mismos.

Ya luego llega el arraigo, lo de quedarse en un lugar y echar raíces allí como los árboles. Hacer propio un terruño, identificarse con él, conocerlo a plenitud y vivir en él. Quizás la historia –esta, la de todos nosotros –fue así, y, aunque no podamos precisar con seguridad cuándo nacieron los Estados, sí podemos decir que, al margen de las complejidades institucionales que los caracterizan, los seres humanos no han renunciado –ni renunciarán– a su naturaleza migrante.

Si algo nos diferencia de quienes nos precedieron hace milenios, es que ejercemos nuestra naturaleza migratoria sin renunciar a nuestra esencia gregaria, a los lazos que nos unen y nos atan a un lugar, aunque ya no estemos ahí, aunque no vivamos ahí.

El sentido de pertenencia es algo que supera los límites del derecho o la materialidad, porque es algo que se desarrolla dentro, que nace a lo interno de cada quien. Esa sensación de saberse parte de un lugar, y de todo lo que significa y representa ese lugar y su gente; así estemos a miles de kilómetros de distancia, así no hayamos nacido en él; porque igual nos sentimos vinculados más allá de nuestros lazos filiales y afectivos; porque en nuestro día a día expresamos con nuestras acciones, prácticas, manejos, rituales, lenguaje, lo que identifica y representa a ese lugar remoto que también existe en nuestro corazón; el lugar al que siempre volvemos, porque nunca nos hemos ido de ahí.

Para nuestra familia, estar aquí hoy, en Villaviciosa, en este acto de presentación–de la Fundación Corripio Alonso (FCA), es motivo de mucha satisfacción, porque con ello reafirmamos que el vínculo indisoluble que nos une a esta tierra se mantiene, y está más vivo que nunca.

Pero también, este momento es una reafirmación de nuestra esencia más pura, la que nos transmitieron nuestros mayores, nuestros ancestros que vivieron y murieron aquí –por generaciones– y que hoy, a pesar del paso del tiempo, sentimos cercanos y presentes, tanto como todos los que hoy están aquí, con nosotros.

Nuestro abuelo Manuel emigró a América en 1921, como muchos otros abuelos de muchos de los aquí presentes. Las circunstancias hicieron que los españoles viéramos en la emigración una forma de afrontar la urgente necesidad de garantizar un sustento a nuestras familias, y, en medio de las precariedades de aquel entonces, un futuro también más promisorio.

Cuando nuestros mayores emigraron, la mayoría fueron a una tierra vinculada a nuestra esencia más pura por siglos. Porque América, un continente hermoso y desafiante, era también un lugar donde los españoles podíamos sentirnos en casa; porque comulgábamos con los valores y cultura de esos países hermanos.

Nuestros abuelos se llevaron poca cosa, pero se llevaron lo más importante, los valores aprendidos aquí, en este pueblo. Pocas cosas materiales cargaban en sus bolsillos, pero... ¡cuántos principios, enseñanzas, recuerdos y tradiciones llevaban en su corazón! Miraron el mar con miedo, pero también con fe; y miraron por sobre la proa del barco hacia la tierra que quedaba distante, pero sin olvidar que en la popa quedaba la tierra que los vio nacer, el lugar a donde siempre pertenecerían.

Llegaron a República Dominicana y tuvieron la suerte de ser reconocidos por los dominicanos como hermanos, y contaron con el apoyo y la solidaridad de un pueblo que siempre sabe reír; un pueblo que cree en los hombres y mujeres de trabajo, y los respeta. Hicieron lo que mejor sabían hacer: trabajar, y ¡trabajaron duro!

Y ese trabajo les permitió crecer, lograr seguridad económica y les permitió ser más audaces y emprendedores en una tierra llena de gente que valora y cree que “la única forma de progresar es el trabajo constante”, porque lo mejor de la República Dominicana no son sus playas, sus montañas. Lo mejor de la República Dominicana es su gente. Y, aunque se adaptaron al punto de sentirse también dominicanos, tres generaciones después, sus descendientes se sienten tan asturianos y españoles, como dominicanos.

Porque navegamos en el mismo barco todavía, el que divisa un futuro lejano en otro lugar, sin olvidar ese pasado que está atrás, pero que es un presente permanente y continuo que late en nuestros corazones diariamente; un presente que procuramos transmitir a nuestros hijos, nietos y biznietos, con esmero y dedicación, para que, sin olvidar dónde se encuentren, nunca olviden también a dónde pertenecen.

En ese espíritu de vinculación, permanencia y arraigo, nuestros padres, Ana Mary y Pepín, decidieron reafirmar su vinculación y compromiso con esta tierra. Y qué mejor forma de hacerlo que devolviendo parte de lo que de ella recibieron.

Y es que, así como la Fundación Corripio –con más de 38 años de fundada en República Dominicana– valora, celebra y apoya cada año los logros más trascendentales en diferentes áreas del saber y el conocimiento; porque entiende que de esa forma puede contribuir al desarrollo del país y a preservar y difundir su legado histórico y su esencia nacional; asimismo, también creemos que nuestra familia tiene un vínculo indisoluble con esta tierra que nos conmina a ser parte activa en su proceso de desarrollo; y esto implica no sólo reconocer y celebrar a quienes aportan con sus esfuerzos a ello, también a contribuir firme y solidariamente con las mejoras materiales en las que podamos hacerlo.

Nuestro padre, que siempre nos ha dicho que el trabajo, la disciplina, la constancia y el ejemplo, constituyen piedras fundamentales del éxito, también nos enseñó que este siempre debe ser recibido con cautela y humildad, porque la única cosa importante para el éxito es que este se refleje en la sociedad donde uno vive.

Por eso, creemos que de alguna forma, debemos devolver a este pueblo parte de lo que nos dio; que fue el amor al trabajo, a la familia, a nuestros valores cristianos; a la comunidad en que vivimos. Porque, como dice nuestro padre, “no hay éxito que se pueda celebrar y cantar como un evento unipersonal, sino como un evento de esfuerzo colectivo”.

Así pues, hoy queremos, a través de este emotivo acto, dejar iniciados los trabajos de la Fundación Corripio Alonso (FCA), la cual, por medio de diferentes programas y actividades, reconocerá, celebrará y apoyará el esfuerzo que realizan los hombres y mujeres de los concejos de Villaviciosa, Cabranes y Piloña, para beneficio de toda la comunidad.

De igual forma, a través del “Premio Corripio Alonso de las Letras, las Artes y la Conservación del Patrimonio Histórico”, procuraremos brindar apoyo y reconocimiento a la creación, preservación, y difusión de nuestros valores culturales que se expresan a través de las diferentes manifestaciones y ramas del saber, tales como la literatura, la pintura, la danza; y todos los componentes etnográficos que definen a los habitantes de estos pueblos como únicos; sí, pero también como parte de un conglomerado más amplio y universal, que es Asturias en España, y España en el mundo.

A través del trabajo que la Fundación está llamada a realizar de ahora en adelante, reafirmamos el compromiso de todos los miembros de la familia Corripio Alonso, de, tal como nos enseñaron nuestros padres y abuelos, ofrecer a la tierra que los vio nacer, parte de lo que ella ha hecho por su familia y por todos nosotros.

Muchas gracias.